

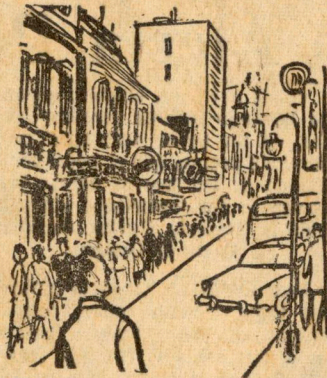
El Autor que Encuentra su Tema

por Sebastián Salazar Bondy

489
19/4/58

Elizabeth Bowen, una de las más valiosas escritoras de los Estados Unidos, cuyos cuentos han sido más de una vez considerados maestros, ha revelado algunos secretos de su oficio —de su oficio de narradora— cuyo comentario puede ser útil al lector y al autor. El relato corto, como es sabido, ha alcanzado en la literatura norteamericana una situación de excepcional calidad y puede afirmarse que nunca antes fue este difícil género cultivado con tanta eficacia. Al punto de que en algunos centros docentes yanquis hay cursos destinados a enseñar diversos modos de escribir "short stories", aprendizaje —seamos justos— más de una artesanía que de un arte propiamente dicho.

¿Cómo encuentra el escritor su tema? He allí la pregunta que pretende responder Elizabeth Bowen —cuya novela "El calor del día" fuera, a su publicación, uno de los más fabulosos éxitos de librería en todo el mundo de habla inglesa— con el bagaje de su experiencia. Es la ingenuidad, la puerilidad que caracteriza al literato —la cual lo mantiene en un perpetuo estado de percepción, de avidez—, la clave de tal descubrimiento. Gracias a ella el escritor ve sin querer, retiene cosas que no se propuso, absorbe al pasar, cargando así su batería imaginativa. De dicho abigarrado acarreo hay un elemento —un rostro, un objeto, una situación un clima — que comienza a obsederlo. El raciocinio desenvuelve esa insignificancia, pero es sólo el acto de escribir —o sea, de transmitir su secreto a los demás— lo que da origen a la historia.



El tema, en realidad —dice la Bowen— busca al escritor, lo hierde. Y con el ejercicio de la profesión esa disponibilidad inconsciente a acoger aquellos mensajes del mundo externo se convierte en un método. Entonces, el escritor camina alerta (y hasta lleva, como algunos lo hacen, una libretita donde se anotan dichos llamados), en pos de esos temas que son solamente de él. ¿Habría, en consecuencia, que enseñar a los principiantes a asumir esa disposición receptiva? La contestación es rotundamente negativa. Hay una razón para ello: no hace falta. El escritor de raza, nato, no puede ser un contemplativo, un hombre que se pasa la vida mirando las musarañas (las ideas puras, como el filósofo, o los reflejos supremos, como el místico), sino un activo que se zambulle en el mundo. Ahora bien —añadamos—, se trata de un ser activo cuya acción en apariencia es inútil, pero que, por debajo de su vagar, de su errar sin sentido, anda persiguiendo los signos de una realidad más profunda que la inmediata para comunicarlos al resto de sus congéneres. Claro que esta po-

sibilidad de percepción especial no es azarosa. Procede de mil causas: la infancia, la educación, el talento, la cultura. De ahí que unos sean Salgari y otros Dostoyevsky. La crítica ideal sería la que penetrara hasta este mecanismo hondísimo de la inspiración.

He ahí el tema. El resto corresponde a la técnica, a los dispositivos del oficio. La Mirada que va como quien no quiere la cosa por sobre objetos y personas capta, retiene, guarda e impone, pero de la visión que en su primer origen era, por ejemplo, "El Quijote" a "El Quijote" propiamente dicho, vasta —ovela en dos tomos, símbolo de la vida y la muerte libro inmortal, hay un largo trecho por recorrer. La autora de "Last September" afirma que aguzando la pupila en cualquier obra maestra de la narrativa universal sería posible hallar la inocencia primigenia, la puerilidad del escritor, pues ese es el manantial del genio. La habilidad ha realizado el resto. El proceso ha sido así: ingenuidad, actividad, perceptividad, voluntad de comunicación, trabajo técnico...

Sin consagrar esta tesis como absoluta, como definitiva, podemos preguntarnos si sus técnicos se distinguen en la obra de nuestros narradores, cuentistas y novelistas. Aplicarse a eso aquí, en estas pocas líneas, sería osado y peligroso. Que el lector ejerza esta vigilancia sobre su autor predilecto o que cada autor se interroge a sí mismo inquiriendo por ella. Tal vez de la respuesta surja una evidencia provechosa. Lo que el cronista quiere aquí decir, a propósito de estos asertos de Elizabeth Bowen, es que el tema de un relato no es nunca el aparato folletinesco, sino el descubrimiento de un hecho, de un solo hecho, desgarrador o maravilloso.